

aunque conocía el mal, no tuvo valor de seguir el sendero de una reforma nacional. De esta manera dejó una triste memoria de su gobierno, en el partido á quien había servido de instrumento y con quien al fin se divorció; y un amargo recuerdo á la sociedad, con tantas medidas de persecución á la Iglesia. ¡Su vida como jefe de la nación es un triste ejemplo de lo que son los hombres que sacrifican su conciencia, poniéndola al servicio de un partido ciego: su muerte es una terrible prueba de las venganzas divinas contra los perseguidores de la Iglesia Santa!

* *

115.—*La guerra llamada de la Reforma y la exclaustación de los religiosos de Guadalupe.*

¡Qué altos é insondables son los juicios de la ciencia y la sabiduría de Dios, y qué inescrutables sus caminos!

El hombre, á fuerza de subyugar su espíritu, la parte más noble de su ser, á las exigencias de la materia corruptible y de arrastrar ésta por la fangosa superficie por donde camina, se llega á formar un hábito y como una necesidad de considerar todas las cosas con relaciones puramente temporales, rompiendo así la dependencia natural de todos los seres de la mano de su Hacedor, y negando, muchas veces sin quererlo, esa eterna y absoluta soberanía que corresponde sobre todo lo creado al Señor que lo ha sacado de la nada.

De esta manera, sobre el velo natural que oculta á la vista de la criatura la acción soberana del Criador, se pone un nuevo velo que quita á la penetración de la razón aquella luz que de la claridad infinita se destella para alumbrar y hacer accesible á la inteligencia humana la parte de los misterios que al Señor plugo hacer comprensibles á sus criaturas: y ésta es la razón porque, todos los pavorosos misterios referentes al

dogma terrible de la libertad humana, y todas las cuestiones que se relacionan con la cuestión general entre el bien y el mal, jamás han podido tener una satisfactoria solución en las ciencias racionalistas ó puramente humanas, las cuales no las resuelve sino la ciencia católica; que puesta entre el abismo inmenso que media entre Dios y el hombre, recibe los esfuerzos de la inteligencia humana en aquellos límites donde se alzan las inaccesibles barreras que su razón no puede traspasar, para conducirla en alas de la fé hasta las inconmensurables playas de lo infinito, donde con una luz sin menguante fulguran los resplandores de la sabiduría eterna.

El hombre, discurrendo con la sola luz de su razón, siempre anda agitado con las cuestiones de por qué existe esa lucha incesante entre el bien y el mal: por qué mientras unos hombres, unos pueblos, unas naciones, se cuentan bajo el fatídico peso del mal, otros alzan su frente como un hermoso reverbero del bien; y por qué cuando en una parte dada de la humanidad se agita la lucha entre la causa del bien y del mal, no siempre se consigue que los acontecimientos determinen la victoria del primero como la comprende la mezquina inteligencia humana. Pero si la razón sube por esa altísima montaña de la historia, recogiendo como solución de la cuestión que quiere resolver, todos los pasos de la humanidad en su relación dependiente de criatura con su Criador hasta llegar á la cima de esa elevadísima cumbre, donde vé el terrible drama del paraíso, cayendo el hombre de su inocencia y grandeza primitiva al estado de degradación en que lo dejó su pecado; y si estudia allí en su origen, la cuestión entre el bien y el mal, y para resolverla busca una luz en regiones más altas y no sombrías como los oscuros laberintos por donde el hombre es conducido por sus pasiones, entonces vé que los triunfos del mal sobre el bien jamás son definitivos: que no hacen sino prolongar la cuestión y aplazar el tiempo de la victoria, para el

bien; y esto viene á demostrar en último análisis, que el Señor que crió el cielo y la tierra y que formó al hombre en el paraíso dándole la imagen de su unidad y la semejanza de su Sociedad Divina, puso en manos de ese mismo hombre el cetro del dominio temporal sobre la tierra, reservándose la suprema soberanía sobre el hombre para dirigir los acontecimientos de la sociedad á ese fin supremo de hacer servir todas las cosas á la gloria de Quien y para Quien fueron creadas.

Esta luz que es necesaria para explicar todos los fenómenos morales, lo es absolutamente indispensable en ocasiones dadas y para juzgar de algunos hechos determinados de la sociedad, como sucede en el período que va á ser objeto de este capítulo. El gobierno establecido como consecuencia del plan de Ayutla era un gobierno esencialmente anárquico, que en su furor de una reforma irracional, había transformado todo orden y haciendo ruinas así en lo político y social, como en lo moral y religioso: la sociedad se hallaba profundamente conmovida, porque estaba herida en su corazón; y un grito general de indignación se levantaba por todas partes contra aquella tiranía del espíritu, mil veces mas funesta que el despotismo sobre el cuerpo. Al fin quiso el Señor que tras esa tea abrasadora de desolación viniera una luz apacible que alumbrara y vivificara que tras del hacha de la barbarie que destruye, viniera la mano de la civilización que edifica y que al frente de ese negro pendón de la muerte y de la destrucción; se enarbolará un estandarte en que estuviera escrito el título de la causa más noble que puede inspirar los combates de la humanidad.

¿Por qué, á pesar de esto, despues de una lucha de tres años, como lo vamos á ver, el triunfo aparente se concedió al mal y no al bien? ¿Por qué la causa santa de la verdadera libertad del pueblo, la causa de la civilización y del orden, la causa sagrada de la Iglesia y de su religión, la causa de Dios, quedó mustia y abatida entre un lugar de sangre, confundida entre los

destrozados cadáveres de sus héroes, escondiendo su frente entre las ruinas y escombros, á la vez que la causa de la tiranía del espíritu, la causa de los errores de la inteligencia y de los extravíos del corazón, se sonreía triunfante sobre el campo de batalla y recogía los ensangrentados laureles para ornar su frente con la corona del vencedor? ¿Es que á Dios faltaba poder para suscitar génius y aglomerar legiones que levantarán en alto y sostuvieran la bandera en que iba escrita su causa? ¡Blasfemia sería decirlo! ¿O acaso faltaron hombres en cuya frente brillaran los destellos de la verdadera sabiduría, ó héroes que formaran con sus nobles pechos una muralla donde se embotaran las balas enemigas? Lejos de eso, en raras épocas se vieron adornados con más títulos de gloria los defensores de la noble causa de la verdad, porque ni faltaron los sabios que consagraron sus vigiliás al bien de la humanidad, ni intrépidos campeones que con su noble ardor iban á derramar su sangre en los combates gloriosos de la causa más justa.

Pero la explicación del fenómeno moral del aparente triunfo del mal sobre el bien, en vano la buscaremos en las tinieblas que circundan este globo lleno de miserias; y tenemos que ir á buscar la solución en aquel altísimo y secreto gabinete, donde están los hilos de todos los acontecimientos humanos para formar la trama general de la historia, cuyas páginas en su conjunto manifiestan con caracteres de una luz inextinguible: "Gloria á Dios en lo alto de los cielos."

Porque el Señor, como soberano de las sociedades, tiene contados los días de tribulación para acrisolar á los defensores de su causa, y los que concede de poder á sus enemigos; y para manifestar su gloria y su poder, no siempre permite que el triunfo sea pronto, y por los caminos más llanos á los ojos de los hombres sino que en su infinita sabiduría señala el curso de los acontecimientos por senderos que cuanto más difíciles se muestran, tanto más seguros son para llegar á una

victoria decisiva. Tales son las consideraciones que me parecen necesarias para formar el criterio con que se debe juzgar de los hechos cuya narración vamos á hacer.

Decidido el triunfo en la capital de la República por el plan de Tacubaya, el general Zuloaga nombró una asamblea de representantes para que eligieran presidente interino; y resultando nombrado el mismo general Zuloaga, tomó posesión del mando supremo el día 21 de Enero de 1858, formando su ministerio con personas de las más respetables del partido conservador, que lo fueron D. Luis G. Cuevas, D. Manuel Larrainzar, D. Hilario Elguero, D. Juan Hierro y Maldonado, entrando pocos días después D. Joaquín del Castillo y Lanzas y el Presbítero Dr. D. Francisco Miranda.

Este nuevo gobierno, que tantas esperanzas hizo concebir al país, fué acogido con entusiasmo por todas las clases de la sociedad, con excepción de los que habían hecho su fortuna con los despojos de la Iglesia; y desde luego contó también con el apoyo que dió el reconocimiento de todo el cuerpo diplomático, sin exceptuar uno sólo de los ministros extranjeros residentes en México.

En los Estados del interior, fué secundado sólo en S. Luis Potosí, pero en Querétaro, Michoacán Guanajuato, Jalisco, Zacatecas y Nuevo León, se formó una coalición para sostener la constitución de 57 dando cada Estado el contingente de fuerzas que pudo poner en campaña, formando un ejército del que se nombró jefe al general D. Anastasio Parrodi. Y entre tanto D. Benito Juárez con el carácter de presidente constitucional, salió de México, tocando á Querétaro y Guanajuato, para establecer su gobierno en Guadalajara.

El ministerio del general Zuloaga se ocupó de preferencia en atender á los clamores de la sociedad, derogando todas las leyes con que el gobierno anterior había causado tantos males y ocasionado el general desagrado: se derogó la ley de desamortización de 25

de Junio de 1856, la de 11 de Abril de 1857 sobre obenciones parroquiales: se mandó que fueran restituidas á sus empleos todas las personas que habían sido privadas de ellos por no haber prestado el juramento de la constitución; y se restablecieron los fueros eclesiástico y militar. Todas estas medidas las consideró la sociedad como un acto de estricta justicia; pero importándola un acto de valor civil, que honró sobre manera al ministerio que las dictó, de todas partes se elevaban votos de gracias y manifestaciones de reconocimiento á los hombres, que comprendían el mal que aquejaba al país y tenían el valor necesario para aplicarle el remedio.

Cumplido con este acto de justicia, el gobierno atendió á las necesidades de la guerra que tenía que sostener contra los estados coligados; y para eso hizo salir de México para el interior las fuerzas que pudo, al mando del general D. Luis Osollo y del cual era segundo el general D. Miguel Miramón.

Mientras estos jefes salían de México, el general D. Tomás Mejía salía de la sierra donde había permanecido pronunciado; y en el cerro de Santa Rosa dió una batalla á las fuerzas de D. José M^a Arteaga, la cual le proporcionó entrar á Querétaro con su frente, coronada por la victoria, uniéndose allí al general Osollo.

Desde aquí vamos á entrar en el período de una lucha, la más terrible de cuantas se registran en la historia de nuestras guerras civiles; y como sería muy largo y casi inútil descender á sus más minuciosos detalles sólo nos ocuparemos de los hechos más notables y que dan á conocer el espíritu de la época, estudiándola principalmente en su carácter sangriento, que fué su verdadero distintivo; y lo que la constituyó en un fenómeno que merece considerarlo con atención, para explicar así las causas verdaderas de esa lucha y su enlace necesario con los acontecimientos futuros.

Lo que de toda la tierra, dice un escritor célebre, desde el fratricidio de Caín, se puede decir de México

desde una antigüedad muy remota: "que es como un extenso lago de sangre, que ni los vientosorean, ni el sol seca con sus inmensos ardores."

Cuando este suelo sólo fué habitado por los pueblos indígenas sujetos á la barbarie del paganismo, la imaginación se espanta de considerar aquellas guerras sangrientas en que la muerte metía su segur entre las huestes enemigas, haciendo cadáveres como la hoz del segador amontona las espigas; y todavía eso no asusta tanto, como cuando se lleva la vista sobre las aras de las falsas é implacables divinidades, donde la sangre de incontables millares de víctimas corría como una fuente inagotable. Despues abrió el Anáhuac sus puertas para recibir por el Oriente aquella luz civilizadora que había brillado ya sobre los antiguos continentes; pero esa luz era precedida de una aurora siniestra y sombría, en que los aventureros ávidos del oro de una tierra virgen regaban aquel suelo con la sangre mezclada de los bárbaros vencedores y de los salvajes vencidos, cayendo sobre una y otra la sangre pura de los apóstoles de la civilización, que derramaban la palabra de vida eterna en cambio de la vida temporal que ofrecían en pacífico holocausto, en un sacrificio voluntario.

Llega más tarde el día en que se rompieran las cadenas de la dominación ibérica; y la regeneración política del nuevo pueblo mexicano, fué inaugurada con la más espantosa efusión de sangre: y cuando al fin, México fué independiente, sus venas no dejaron de verter sangre, en todas las convulsiones de su pueblo, para disputarse la forma de gobierno que debía seguir los destinos de la nación. Pero en tan larga serie de tiempo, no reconocemos un período como el que vamos á describir, en que fuera convertido en altar para el sacrificio de las víctimas, el mismo campo de batalla, donde se iban á disputar el triunfo las dos causas que han mantenido á todo el mundo en incensante lucha. Y lo que más notable aparece en esta época es:

que uno de los estandartes que combatían, no era en realidad, sino el pendón de los errores demagógicos y de los excesos del libertinaje; se llevaba escrito en él, sin embargo el nombre de libertad que es la invocación de un principio santo; mientras en el otro iba escrito el título sagrado de la religión verdadera y única luz capaz de iluminar en su camino á las sociedades. No parece sino que el Señor que dirige los acontecimientos con una sabiduría infalible, quiso que los dos principios sacrificaran sus víctimas, para que con la virtud purificadora de la sangre, se preparara el día en que dándose un abrazo fraternal aquellos dos principios, que siendo hermanos los ha convertido en rivales el voráz de las pasiones, luciera sobre la frente angustiada de México, la aureola de la civilización y de la gloria que sin duda le está reservada en los consejos eternos.

De Querétaro destacó el general Osollo una fuerza al mando del coronel D. Marcelino Cobos sobre los jefes liberales Pueblita, Lamberg é Iturbide, que se hallaban en Maravatío y entonces él marchó con el resto de la fuerza por el camino del Bajío, encontrando á las fuerzas de la coalición fortificadas en el río de Salamanca, lo cual no impidió que fueran completamente derrotadas. En esa batalla se mandó al coronel Calderón, de los coligados, que diera una carga con la caballería, lo cual ejecutó aquel jefe con valor y pericia, porque las dos cosas tenía, pero al echarse sobre una batería enemiga, fué muerto por un disparo de metralla. Esto determinó la acción en favor del general Osollo, porque la caballería de Parrodi quedó sin jefe, pues fuera de Calderón no contaba con otro militar en todo su ejército.

Las fuerzas de Zacatecas y Guanajuato habían estado mandadas personalmente por los gobernadores de los mismos Estados, D. Victoriano Zamora y D. Manuel Doblado: el primero, que sólo tenía de político la ambición y las intrigas y nada absolutamente de militar, perdió en esa acción toda su fuerza, sin embar-

go de que no combatió, y el segundo, que suplía los conocimientos militares y el valor con su grantalento, supo retirar sus fuerzas casi sin pérdida, así como el general Parrodi salvó tambien una parte de su ejército. Pero en esta vez, el ejército del plan de Tacubaya tenía un jefe como el general Osollo, que era tan valiente en el combate, como activo y oportuno en todas sus disposiciones. Sin pérdida de tiempo hizo marchar al general Liceaga con su brigada sobre Guanajuato, favoreciendo con eso el reconocimiento que aquel Estado hizo del gobierno de México; y el resto de las fuerzas lo movió en seguimiento de las de Doblado y Parrodi, sin darles tiempo de reponerse del descalabro sufrido en Salamanca. Las de D. Manuel Doblado pusieron las armas en Ronsita, lugar inmediato á Silao, sometiéndose á reconocer el gobierno de México; y las del general Parrodi pudieron avanzar hasta S. Pedro, lugar que está á las puertas de Guadalajara, donde tambien celebró unos convenios, con los cuales el ejército del general Osollo, quedó absolutamente vencedor de la coalición de los Estados del centro.

Mientras esto pasaba fuera de Guadalajara, dentro de aquella plaza se habia pronunciado por el plan de Tacubaya el coronel D. Carlos Landa; hombre valiente y humanitario, que pagó con su vida su generosidad, como veremos luego: él hizo prisioneros á D. Benito Juárez con sus ministros, y luego sin preveer las consecuencias de ponerlo en libertad, lo dejó ir por el camino del Manzanillo, donde se embarcó para ir á establecer su gobierno en Veracruz á donde llegó el 24 de Mayo. Al embarcarse D. Benito Juárez en Manzanillo, nombró á D. Santos Degollado general en jefe del ejército, dándole facultades amplísimas en todos los ramos, para que pudieran facilitarle el desempeño de su encargo.

La reacción que se habia operado en México se hallaba triunfante en todos los Estados del centro: en el Oriente, aunque no con la misma velocidad, tambien

conseguían algunos triunfos sus fuerzas mandadas por el general Echegaray, quien derrotó primero al general Trejo y despues al general La Llave, extendiendo su victoria hasta Orizaba; en Occidente, tambien caminaba con la misma fortuna material, porque á la ocupación de Guadalajara se siguió el reconocimiento del gobierno de México por todo el territorio de Tepic y Sierra del Navarit, donde ejercia un influjo grande D. Manuel Lozada, indio audaz y atrevido, sin ninguna instrucción, que más tarde llegó á representar un papel importante que no supo desempeñar: pero en el Norte no se caminó con el mismo buen éxito, pues Tampico volvió á quedar en poder de D. Juan José de la Garza gobernador de Tamaulipas, y las fuerzas de Nuevo Leon mandadas por D. Juan Zuazua habian avanzado hasta cerca de San Luis Potosí en los pueblos del Venado y la Hedionda.

Uno de los puntos que se pensó ocupar de preferencia despues de la ocupación de Guadalajara, fué el Estado de Zacatecas para donde se mandó una columna al mando del general Miramón, quien despues de organizar el gobierno en aquel departamento dejándolo á cargo del señor Lic. D. Vicente Hoyos, y la comandancia militar al valiente y digno general D. Antonio Manero, debia él ir á reforzar la plaza de San Luis, amagada por las fuerzas de Nuevo Leon.

Al hacerse ésto en los primeros días del mes de Abril de 1858, el gobernador de Zacatecas, que era entonces el Lic. D. José María Castro, por renuncia que habia hecho D. Victoriano Zamora, abandonó la capital con las fuerzas que pudo reunir para irse á reunir con Zuazua. Miramón llegó á Zacatecas el día 11 de Abril; y dejándole á Manero el cuidado de organizar la administración y una guarnición de seiscientos hombres, salió en la madrugada del día siguiente para San Luis, en cuyo camino salieron las fuerzas de Zuazua, Zayas, Blanco, Aramberri y demás jefes de la frontera, para impedirle su paso, situándose en el ventajoso terreno

del puerto de Carretas; pero á pesar de la inferioridad numérica del ejército del general Miramón, se abrió camino por entre los numerosos enemigos, debido á su genio militar, al valor de sus soldados y la pericia de sus jefes, entre los cuales se distinguió entonces mucho el coronel D. Eligio Ruelas.

Una vez que Miramón forzó aquel paso y que podía llegar a San Luis, conoció que dejando á su espalda á Manero sin medios de defensa en virtud de las numerosas fuerzas que lo podían atacar, no podría resistir con buen éxito; y luego le libró orden para que se retirara salvando sus fuerzas y los elementos que pudiera. El extraordinario que llevaba esa orden, tocó la hacienda del Carro, de la cual era director D. Rafael Carrera, hombre de muchas simpatías en todos aquellos lugares, por su carácter desprendido y benévolo para con toda clase de personas; y aunque sin consentimiento suyo tal vez, algunos dependientes aprisionaron al extraordinario de Miramón, falsificando la orden que se le dirigía al comandante de Zacatecas, diciéndole que no abandonara la plaza y que se resistiera en ella, pues que se marchaba en su auxilio. Este engaño fué causa de todas las víctimas que hubo en el ataque de Zacatecas y de los bárbaros fusilamientos que allí se hicieron, lo cual vino á determinar el carácter sangriento con que se distinguió muy particularmente esa guerra. Pero las consecuencias de esto ni fueron previstas ni tomadas en consideración; y como el hecho aunque malo, favorecía las miras de los jefes liberales, que para conseguir su fin nunca desecharon medio alguno por reprobado que fuese, no sólo aplaudieron aquel engaño, sino que recompensaron á los autores de ese crimen con empleos. Una de esas personas que fué D. Jesús Gómez Portugal, figuró más tarde como gobernador de Aguascalientes.

Pronto se vió también atacado el general Manero por más de tres mil hombres, á los cuales se unió una gran parte del pueblo de Zacatecas, alucinado con

aquella falsa promesa "*sereis como dioses*," pues los que se decían sostenedores de la libertad, habían prometido á los pueblos la era venturosa de su completa felicidad, y el pueblo, engañado con esa ilusión, corrió á prestar su cooperación para el triunfo de una causa que despues ha tenido que maldecir mil veces en vista de las calamidades que le ha echado encima, como resultado final de aquella felicidad mentida que se le prometía.

El general Manero que sólo contaba con una fuerza de 600 á 700 hombres, sin provisión alguna de parque, y en una plaza dominada por las innumerables alturas que la rodean, conoció que iba á sucumbir; pero la disciplina militar lo hizo defenderse, merced á la orden falsificada que recibió. Toda la mengua que cayó sobre los que reportan la sangre del general Manero, es gloria imperecedera para aquel héroe, que supo ofrecer en holocausto su vida por la causa más santa de la sociedad.

Con el fin de evitar desgracias en las familias, el general Manero avisó el día 26 que al día siguiente sería atacada la plaza que él tenía orden de defender, á fin de que pudieran salvarse de los estragos de la guerra los habitantes que pudieran salir de la ciudad; y en efecto, el día siguiente á las nueve y media de la mañana, fué atacada la pequeña guarnición, la cual con sus jefes á la cabeza se defendió heroicamente hasta que fué quemado el último cartucho. Cuando á los defensores de la Ciudadela no les quedaba ni un sólo tiro, se formó en columna y salió cargando á la bayoneta sobre sus enemigos; y aunque de pronto se abrió paso, tuvo al fin que sucumbir al peso del excesivo número de sus contrarios, quedando prisioneros los que no habían sido muertos en un combate que fué glorioso para los vencidos y digno de preparar el primer sacrificio sangriento que se iba á consumir; pues era necesario que las víctimas que allí subían á las aras del holocausto, á más de ser puras, fueran con sus frentes co-

ronadas de la gloria, con que las pudiera reconocer la posteridad.

El esfuerzo último de la Ciudadela tuvo lugar á las nueve de la noche: y todavía el coronel D. Florentino Muñoz, encargado de defender el cuartel de Santo Domingo, se sostuvo con 50 hombres que tenia á sus órdenes, por cuatro horas más, hasta consumir el último tiro. Estando entonces la ciudad á merced de los vencedores, éstos con el pueblo, como unas hordas salvajes, cometieron mil excesos, y el feroz y sanguinario Zuazua dió orden de fusilar á los enemigos que no supo vencer mientras tuvieron parque con que defenderse y cuyo valor hubiera respetado cualquier vencedor si hubiera sido noble. A pesar de los grandes empeños que se hicieron por varias personas, entre las cuales fueron muy notables D. Juan Manuel Eguren, mexicano, y D. Domingo Sésosse, francés, á quienes Zacatecas debió muchos servicios en toda aquella época de tribulación y de angustia, Zuazua hizo ejecutar la orden sangrienta el 30 de Abril en las personas del ilustre general Manero, de sus jefes Gallardo, Drechi, Aduna, y el coronel D. Carlos Landa, el magnánimo y generoso soldado que en Guadalajara concedió la vida y la libertad á Juárez y sus ministros.

La gente sensata se horrorizó de aquel acto de barbarie, que sólo fué aplaudido por el gobernador de Monterrey, D. Santiago Vidaurri, quien felicitaba á Zuazua en una carta que comienza con las palabras "*mi querido Juan*" y que se hizo proverbial por los instintos bárbaros que animaban á los sostenedores de una causa cubierta de antemano con el anatema de toda la sociedad.

"No queráis juzgar para no ser juzgados, había enseñado el Salvador del mundo, porque con la vara que midiereis, sereis medidos." D. Santiago Vidaurri murió más tarde, siendo víctima de los mismos salvajes sentimientos con que se ejecutaron los fusilamientos de Zacatecas: D. Juan Zuaza tuvo una muerte desgra-

ciadísima en una guerra local en Nuevo Leon; y el general Manero y sus compañeros, despues de morir como mueren los héroes cristianos, vivirán en la memoria de todos, mientras en el mundo haya corazones que sepan corresponder á los sentimientos generosos.

Despues del triunfo que los liberales tuvieron en Zacatecas, Zuazua salió á dirigir sus operaciones sobre San Luis Potosí donde se hallaban los generales Osollo y Miramón; y otras fuerzas al mando del general Blanco, tomaron el camino de Guadalajara llegando de pasó á San Juan de los Lagos donde existe un famoso templo dedicado á la Santísima Virgen, el cual poseía una suma considerable en todos los objetos de plata dedicados para el culto y debidos á las limosnas de los fieles que anualmente concurren á la feria que allí se celebra el mes de Diciembre. Todos esos objetos fueron tomados por el general Blanco; y este fué el primer despojo de un templo católico, que despues fué seguido de muchísimos ejemplos en aquella guerra.

Con las fuerzas de la frontera que llevaba el general Blanco y las más que pudo reunir D. Santos Degollado, se preparó para atacar la plaza de Guadalajara, por lo cual tuvo que salir en auxilio de aquella plaza el general Miramón con parte de las fuerzas que había en San Luis Potosí, quedando en ella el general Osollo, quien á causa de la mala amputación que se le había hecho en el brazo derecho por la herida que recibió en la batalla de la Magdalena, se agravó momentáneamente, y murió el día 18 de Junio siendo su muerte sobre manera sensible; pues se consideraba con razon, que una persona de sus altos dotes militares y sus buenas cualidades personales dejaba un gran vacío en aquellas circunstancias.

A la vez que en Guadalajara resistían á Degollado, en Guanajuato se sufría tambien un ataque por las fuerzas de Pueblita, siendo ambos rechazados: y entre tanto el general Mejía atacaba á la plaza de Tampico,